

MARIA DEL MAR

JOSE MAQUEDA ALCAIDE

De la Academia Hispanoamericana Zenith

¡Oh, qué lindo collar
en su garganta luce
María del Mar!...
Amatistas dolientes,
turquesas sugestivas,
lípidas esmeraldas
y rútilos brillantes,
sabiamente alternados
en un hilo ideal.

María del Mar
es una mujercita
casi fea, vulgar:
Ni mirada de embrujo,
ni labios sensuales,
ni talle feuxoso,
ni risa de cristal...
Pero el collar que ostenta
en su cuello moreno
le presta un atractivo
mágico, sin igual.

A sovoz, las comadres,
implacables murmuran,
cuando la ven pasar:
«Es un collar de lágrimas
el que luce altanera
María del Mar...
Hay un hombre en la trena
que afanó para ella
tan preciado collar».
(Suspiros de turquesa,
ojeras de amatista,
angustias de esmeralda
y de aciagos brillantes,
hambre, duelo, pesar).

Mira siempre el Idiota
con mirada inquietante
a María del Mar...
Ciegamente la adora
y avergonzado llora
al pensar tristemente:
«Nunca, nunca, María
mi amor aceptará».

Noche de pesadilla,
sin estrellas ni luna.
Gime el viento agorero.
Se oye ladrar a un can...
María presurosa
a casa vuelve ya.
El Idiota la aborda
y la quiere besar.
Luchan. Llora convulsa.
Y el monstruo enloquecido,
sin clemencia, la ahoga,
entre espantosas risas;
¡ja, ja, ja, ja!

Veloz huye el Idiota...
Lleva oculta en su pecho
la magnífica alhaja
que en su cuello lucía,
con vanidad hiriente,
María del Mar.
Y en el lejano monte,
cayéndose la baba,
besa enfervorizado
las gemas del collar.

Madrid, 1960.

EL MUNDO DE MARIA

Santa María de Guadalupe y los obreros extremeños

Por MARCELINO GONZALEZ-HABA

NO es práctica corriente entre nuestros sociólogos, invocar el nombre delicioso de la Virgen bendita, pura y bella, cuando de problemas obreros se trata.

El caso, que todos anhelan el retorno del productor débil, al regazo caliente de la santa Madre Iglesia. Y además, deploran la huida dolorosa del obrero, de la sombra benéfica del Cuerpo Místico de Cristo, deseando su incorporación, abierta y decisiva, a una vida de piedad iluminada por la llamara triunfal del pensamiento radiante de Jesucristo, el Obrero divino que santificó con sus manos benditas el trabajo en el taller de Nazaret.

Pero estos ordenadores de los problemas sociales y económicos que tanto afectan al alborotado mundo del trabajo y de la producción, ignoran, dudan u olvidan, que el camino seguro para llegar a Jesús, es María, según la vieja fórmula tradicional, invariable de la Iglesia y de los Santos: A Jesús, por María. Al reinado de justicia, de paz y de amor, del Corazón de Jesús, por la senda primorosa del Inmaculado Corazón de María.

Y es, que, la misión dichosa de la Virgen, desde su predestinación, es darnos a Jesús y llevarnos a El. De ahí, la necesidad de invocar la presencia de la Madre, para llegar al Hijo: El binomio Cristo-María, es insustituible en el campo del dogma católico.

Ya el célebre apóstol del Japón, San Francisco Javier, nos recuerda, «que cuantas veces encontraba a los pueblos reacios al Evangelio, era debido, a que olvidaba mostrar la imagen de María al lado de la Cruz del Salvador».

Es posible, que el retraso en la vuelta de nuestros obreros al goce pacífico de una vida integral cristiana, sea debido en parte, a esa tremenda crisis: Se prescinde de la Mediación generosa de la Virgen, y nuestra labor de apostolado pierde, por ello, grados de vigor y lozanía, o no cuaja en frutos de realidades fecundas. Sólo la Iglesia católica levanta la voz solemne y su mirada misericordiosa, al claro luminar de María, Estrella de la mañana, anunciadora del sol de justicia y santidad, Cristo-Jesús.

Mas, frente, a ese rumbo equivocado o criterio vacilante, salta como de fresco hontanar, la piadosa devoción que atesora, como una melodía íntima, el alma de nuestros obreros hacia la Santa Madre de Dios. ¡Cuánto aman a la Virgen en su noble interior esos inteligentes y abnegados obreros de la heroica Extremadura!

Podrán omitir el ejercicio o práctica de otras devociones de rigurosa observancia litúrgica, pero su cálido entusiasmo mariano, está vivo y palpitante, abierto como una fragante rosa, en su corazón.

Porque, basta haber visto la primera luz en alguna bella planicie o escondido rincón de nuestro patrio solar, tan copiosamente florecido de ermitas y hermosos santuarios, dedicados a la Virgen María, para sentir un encendido amor a esta gran reina de los Angeles y Señora del Universo. Como es suficiente, de igual modo, haber nacido en cualquiera de estos bravos pueblos extremeños, tierra fértil de héroes que llenaron el mundo con la fama de sus nombres, para gozar de un entrañable y reverente afecto a Santa María de Guadalupe, con su linda «faz tostada por los soles de la gracia y del imperio», plena de misericordias y bondades, divinamente adornada con hechizos y donaires celestiales, que subyuga, y cautiva, y encanta, y rinde, y domina los corazones, hasta llevarlos derechamente al goce lírico y placentero de Dios.

Pero este influjo de María en la vida de nuestros obreros, nace o se origina, de la conjunción feliz de ese otro latido sobrenatural de fe cristiana, *sensus fidei*, o «fuerza divina», según le llamara el santo y sabio Pontífice Pío XII. Y además, de aquella alta y gallarda condición de español, y hasta de la suerte y nobleza de haber nacido nada menos, que a la sombra bienhechora de esta Reina de la Hispanidad, Madre de Dios y Madre nuestra, cándida Azucena olorosa y virginal, Inmaculada, Corredentora, Abogada, Mediadora de todas las gracias, presente en el celebrado Monasterio guadalupense, «santuario de reyes y rey de santuarios», testimonio perenne de la grandeza de nuestros siglos dorados cuando España era universo y andaba empeñada en realizaciones evangélicas.

Así, cada obrero, del campo o la ciudad, tanto monta, es un fiel devoto de esta milagrosa Virgen de las Villuercas. Todo productor humilde, es un portador recatado de láudes que cantan a esta bienaventurada Mujer, la más linda Flor de Extremadura.

Y sino, recordemos la presencia de estos obreros extremeños en las fiestas suntuosas celebradas en honor, gloria y alabanza de tan celestial Señora, ¡Cuántos naufragos salvados del oleaje humano, acuden al conjuro de su devoción mariana, a las plantas virginales de Nuestra Señora de Guadalupe agradecidos por su milagrosa protección! ¡Y cuántos y cuántos, trabajadores atribulados, van peregrinando hasta las gradas de su dorado trono, encontrando en Ella, la fuente abundosa de sus caricias, y hasta el pan blanco y bendito cotidiano, que tampoco falta en las arcas de la caridad materna de María!

Lo cierto es, que, en pocos santuarios de la Cristiandad, se presentan tan patéticas escenas y tiernas explosiones de gratitud, como en

este de Nuestra Señora de Guadalupe, singularmente, en el día de su principal fiesta, cada año. Y es, que el pueblo sencillo, siente el divino imán de María, del que no puede sustraerse.

Todavía están vivos en nuestra memoria, aquellos recorridos triunfales de la Virgen de Guadalupe, por los pueblos de Cáceres y Badajoz. Y todavía pervive en nosotros el caro recuerdo de su llegada a Trujillo, en donde se la tributó un recibimiento, brillante, piadoso, popular. Y, al otro día, cuando después de haber acordado el itinerario a seguir, hacia el Monasterio, por Madroñera, Herguijuela, Conquista..., de pronto se cambió la ruta, y la venerada imagen, se encaminaba por la vía de Santa Cruz de la Sierra, el Puerto, Villamesías, Miajadas, hasta llegar a Escorial, en donde la comitiva hizo parada. Era de ver cómo se difundió esta noticia, casi con la velocidad del rayo, por estos lugares. Porque, cuantos íbamos acompañando a la Virgen, en el mismo coche que la portaba, pudimos contemplar a lo largo de la carretera, numerosos obreros, rendidos y suplicantes, rodilla en tierra, para percibir el rocío benéfico de gracias celestiales, que iba derramando esta gentil Señora, sobre aquellos trabajadores extremeños y sus familias, por los campos y sembrados y las extensas heredades ennoblecidas con el resplandor de su presencia inmaculada y soberana.

Luego, hasta Guadalupe, algo apoteósico: Hileras interminables de corazones en alto, que la tributaban ovaciones cerradas.

Podíamos señalar numerosos ejemplos que resaltan la veneración de nuestros trabajadores manuales hacia la Virgen. Pero sólo hemos de recordar ahora, aquel del Año Mariano inolvidable, cuando en un pueblo de cinco o seis mil almas, típicamente extremeño, el reverendo señor párroco, organizó un acto en honor de la Inmaculada, y al llegar nosotros al local ya abarrotado de fieles, el dueño del teatro, nos dijo, señalando a un numeroso grupo: *Ahi tienes a los obreros parados que vienen a oírte hablar de la Virgen*. ¡Sincera y profunda lección de mariología social!

Allí, pudimos contemplar, a estos trabajadores de la tierra, en paro obligado, acogidos al manto protector de María, más de una hora en pie, sin vacilar, escuchando un amplio relato, sin rodeos dialécticos, sobre la *Fulgens Corona* y las glorias de España y la Inmaculada. Y además, gozaron estos obreros con los primorosos cantos de las Hijas de María y la lectura de la preciosa oración del Año Mariano, escrita por las manos de lirio de Pío XII, pero que parece como dictada por los ángeles, en honor de esta graciosa Emperatriz de cielos y tierra.

¡Cuánto podíamos decir sobre la fe religiosa que ilumina la vida de nuestros obreros, de su amor al más divino de los Sacramentos y a la Santa Madre de Dios!

Pero la bandera está levantada, con la rigurosa consigna social de la mariología triunfante: ¡La Virgen de Guadalupe, Reina de los obreros extremeños!

Ya conocemos a María, camino seguro para llegar a Jesús: Si pretendemos lograr la incorporación de los trabajadores al redil de la Iglesia, que nuestros sindicatos y hermandades, que las agrupaciones

religiosas integradas por obreros, estén y se sientan presididas por las glorias de Nuestra Señora de Guadalupe, movidas por su cariño, alentadas por Ella, hacia Jesús.

Y no olviden los apóstoles sociales de Extremadura y de España, que para gozar de las benéficas influencias del reinado de Jesucristo, en el mundo del trabajo, ha de ser por la mediación de María: Con María se realizará este milagro: Sin María, nada, o bien poco podemos hacer.



Editada por los Servicios Culturales de la Excm. Diputación Provincial de Cáceres, acaba de aparecer la obra:

«Siete ensayos sobre el Romanticismo español»

por PEDRO ROMERO MENDOZA

Premio Cartagena de la R. Academia Española

TOMO I

Anotada e ilustrada

Pedidos al autor: Queipo de Llano, 23. Navalmoral de la Mata. (Cáceres)
a Servicios Culturales o a la Revista «ALCÁNTARA»

SALMOS FLORIDOS

Un canto de alondras te anuncia triunfante,
Hada Primavera, risueña y galante
que cruzas la tierra gloriosa y gentil.
Te acompaña un paje que te brinda amores
y versos y cantos y risas y flores:
El mancebo rubio y arrogante Abril.

Te presiente el prado, Primavera hermosa.
Mira cómo tiende su alfombra verdosa
para que tus plantas pisen sin rumor.
Mira cómo el árbol se viste de ramas
para que tus manos de brisas y llamas
en su copa labren un nido de amor.

Los besos que escapan de las frescas bocas
tu milagro vuelve mariposas locas
que roban la roja sangre del clavel,
y brota a tu mago poder hechicero
la flor azulina del verde romero
donde va la abeja a libar la miel.

Los cielos desgarran sus velos de bruma,
los mares coronan sus frentes de espuma,
y desgrana perlas la luz matinal.
Mira cómo rompe su encanto la fuente
y dichosa ríe porque te presiente
bajo la serena linfa de cristal.

¡Primavera hermosa! tu aliento embriaga.
Mira cómo al triste tu perfume halaga,
cómo olvida al verte su negro dolor.
Mira cómo borras todos los agravios
y cómo nos pones besos en los labios
y cómo nos llenas el alma de amor.